

¡VAMPIROS EN LA HABANA! PEDAGOGÍA DEL CHOTEO



te de la fidelidad al discurso historicista, con un tono que se explaya en el choteo y la guasa confesa. No es el campo cubano el escenario, ni la guerra anticolonial del siglo XIX, sino La Habana marginal, antiheroica, de inicios de los años treinta, durante el período de la tiranía de Gerardo Machado. Al cabo, esta es casi una venganza contra todo el cine anterior de Padrón.

Sin abandonar su inclinación por la aventura y la comedia, Padrón activa referentes universales, donde se tocan resortes de géneros cinematográficos como el horror y el *noir* clásicos. El prólogo del filme nos introduce en cierta hipotética sociedad mundial de vampiros, una de cuyas ramas, directamente emparentada con el Conde Drácula, reside de incógnito en la capital cubana. Durante su exilio caribeño, el profesor Von Drácula ha desarrollado secretamente una fórmula (el Vampisol) que permitirá a los de su especie exponerse a la luz solar, y el ejemplo vivo del éxito de su descubrimiento es su sobrino Joseph, quien ha crecido ignorante de su origen, mientras trabaja como trompetista de una orquesta de música popular y divide su tiempo libre entre su novia y la conspiración contra los esbirros

191

CUBANO

DE CINE

AÑOS

50

de la tiranía machadista. Pepito, mote cubano con que es conocido y se identifica Joseph, adquirió además a través del brebaje y la crianza en entornos criollos, todos los atributos del cubano típico, lo cual lo convierte en un espécimen transnacional muy curioso. Pero los acontecimientos se precipitan hacia el encuentro de Joseph con su verdadera identidad, pues los grupos vampíricos de Europa y Estados Unidos, articulados como células del crimen organizado internacional, deciden disputarse el usufructo de la fórmula en las calles habaneras.

Hasta *¡Vampiros en La Habana!*, la mayor parte del cine de Padrón había sostenido una norma realista en la visualidad, con notables deudas de sus antecedentes en la historieta gráfica. Privilegió el trazo limpio y convencional, apenas estilizado, las figuras redondeadas y los fondos en función pragmática, que daban lugar a películas adheridas al método de la animación limitada. En todas, la calidad técnica baja era combatida a base de relatos de alta intensidad dramática, más un humor natural y muy idiosincrático.

Pero he aquí que las aventuras vampíricas empiezan su retozo desde la perspectiva formal: el trazo ahora se hace abigarrado y libre, reproduciendo acaso la curvatura de la visualidad expresionista y una distorsión de la realidad, la cual, aunque no se aleja del referente epocal representado y del *topos* habanero, se adosa naturalmente al desenfado gráfico generalizado. Tal desenvoltura resulta ajustable a la caracterización de criaturas insólitas, vampiros organizados en torno a la Capa Nostra, que ejecutan asaltos a bancos de sangre o gerencian un club con playa en el sótano de un hospital, se baten a tiros con fusiles que disparan estacas o balas de plata y tratan de salirse con la suya en medio del caos de una ciudad donde les resulta demasiado difícil hacer su voluntad.

¡Vampiros en La Habana! se despliega así como homenaje de Padrón al horror cinematográfico clásico, el cine negro y la genealogía gótica, cuyo retorcimiento y oscuridad alivia bajo sarcasmo, pero cuya ambigüedad y amoralidad refuerza ese trazo libre y dúctil, grotesco. Desde este punto comienza Padrón su trabajo de subversión y apropiación. Los vampiros, una vez en Cuba, son incapaces de controlar las situaciones en que se ven inmersos. Las noches no son espacios para el recogimiento en la urbe caribeña, sino para la expansión y el goce de todos los vicios. Así que jamás será su reinado completo; la realidad nativa conspira contra su ordenada existencia y actividad reglamentada.

No es difícil percibir la parodia funcionando en este largometraje como una operación de fagocitación cultural. Los «invasores» y extranjeros son trajinados continuamente. El propio Joseph, se descubre al final, no es más un vampiro puro y duro, por cuanto tantos años bebiendo la fórmula antisolar lo han curado de la dependencia sanguínea de su especie. La burla desplegada como dispositivo de crítica intercultural en la obra de Padrón consigue en *¡Vampiros en La Habana!* su expresión más aguda.